

EL CATOLICO

PERIÓDICO BISEMANAL

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica

Precios de suscripcion	Imprenta y Administracion,	Observaciones
Menorca 0'50 Ptas al mes	Angel, núm. 10.	Para los señores Suscritores se insertarán los anuncios gratis.
Península 3'00 » semestre		
Ultramar 8'00 » al año		

Seccion Religiosa

Jueves 27. San Juan, Papa y mártir.

Viernes 28. San Justo, confesor y San German, obispo.—I. P. para Cofrades del Rosario.—Hoy empieza la devocion de los seis viernes consagrados al Corazon de Jesus.

Sábado 29. San Maximino, obispo.—I. P. para Cofrades del Rosario.

Cuarenta Horas

Continúan las que en el Santuario de Nuestra Señora del Monte Toro vienen celebrándose desde el último domingo.

Cóрте de María

Día 27 se hace la visita á Nuestra Señora de las Gracias en la Concepcion.—Día 28, á Nuestra Señora del Sufragio en el Cármen.—Día 29, á Nuestra Señora del Desamparo en San Antonio.

Cultos

Los consagrados á la Reina de Mayo continúan al anochecer en las Parroquias, en la Concepcion y en Santa Eulalia.

LA EDUCACION

II

LA NIÑEZ

III

Comenzando por las primeras, aunque, atendida la molicie y afeminacion de la edad presente, y teniendo en cuenta el fastuoso lujo con que las familias acomodadas rodean por todas partes á sus hijos, parece que ninguna observacion debiera ser necesario hacer en lo que atañe á la solicitud por su bienestar y desarrollo corporal; con todo, es mucho lo

que en esta materia hay que reprochar á algunas madres de posicion desahogada, y grande la responsabilidad que contraen delante de Dios por faltar en ello frecuentemente. Y es así, que esas mismas madres, para quienes toda prodigalidad es poca tratándose de regalar á sus hijos todavía ternuzuelos, que tanto los miman y de tantas y tan rebuscadas caricias los abruman, esas mismas ¡quien lo creyera! muchas veces no los han criado ni amamantado á sus pechos, sino que, por conservar fresca y lozana la flor de su hermosura, y satisfacer de esta manera á los caprichos de su antojadiza vanidad, los han entregado, apenas nacidos, á manos mercenarias, para que los alimenten con un manjar que la naturaleza no ha criado para ellos. Es decir que aman á sus hijos, siempre que ese amor no les cueste más que dinero, pero dejan de amarlos desde el momento en que ese amor exige sacrificios personales, que desfloran la belleza de la juventud, ó ajan el vigor y lozanía de la edad florida.

Ahora bien, ese amor no es amor digno de madre. Léjos de nosotros el censurar á aquellas mujeres irrepreensibles que, bien á pesar suyo, no amamantan á sus hijos por impotencia absoluta para hacerlo, ó bien por el grave riesgo á que

se expondría su quebrantada salud; pero prescindir de tan santa obligacion por quiméricos pretextos ó fútiles y mundanales vanidades, es un proceder que jamás hallará excusa delante de Dios. Por algo hinche la naturaleza y hace rebosar el pecho materno con el néctar suavísimo que el recién nacido necesita para vivir; y esta ley general de la naturaleza, que se extiende, no sólo á la especie humana, sino tambien á otras mucho más inferiores, prueba suficientemente cuál es en esta materia el órden establecido por el pródigo gobernador de las criaturas. Júntase á esto el instinto casi irresistible que sienten las madres de seguir comunicando al que es fruto de sus entrañas aquella parte de su propia sustancia, sin la cual la vida que ántes le comunicaron no puede sostenerse, ó, por lo ménos, no se desarrolla de ordinario con el vigor y espontaneidad que el amor y la naturaleza reclaman. Y con todo, ¡increíble parece! madres hay, que, ahogando este grito del corazón, desoyen los vagidos de aquellos á quienes dieron, el ser, y, por condescender con las exigencias de la moda, ó por idolatría, del bien parecer, apartan de su seno al que es sangre de su sangre, al hijo, para cuyo amor y regalo debieran sólo vivir. ¿Es posible que la vanidad, la coquetería y el deseo de agradarse sobrepongan tan poderosamente al amor de madre, al interés y provecho del hijo, á las exigencias de la naturaleza, y á los deberes de la Religion? ¿Es posible? Y para entregarlo, ¿á quién? á personas extrañas, á manos desconocidas, á mujeres venales, cuyo corazón helado no palpitará de amor por el ser que alimentan á sus pechos, cuyos labios no estamparán en su frente los ardientes ós-

culos que sólo los labios de la madre saben estampar, cuya mano no arrullará blandamente la cuna como sabe mecerla la mano maternal, cuyos cantos no adormecerán los ojos infantiles cansados de llorar, ni, conciliado el sueño, darán lugar al silencio para velar pacientemente al lado de la cuna por el reposo del ángel que reposa en paz.

¡Y si sólo esto fuera de temer!... ¿Mas quién sabe si al pecho de esa mujer extraña, y con el alimento que, no la naturaleza, sino el oro de sus padres le han deparado, beberá el niño desventurado la ponzoña que atosigue su cuerpo y envenene la sangre pura que su madre verdadera le comunicó? ¿No vemos diariamente sobrados ejemplos que atestiguan esta verdad? De todos modos, y aunque nada de esto suceda, es lo cierto que el peligro existe, que la salud del niño se expone, y que nunca, nunca el cariño de una madre advenediza podrá suplir el natural, desinteresado é incomparable de la madre verdadera. Y en castigo de esa falta, ¡creedlo madres insensatas! Dios hará que ni vosotras mismas, sin daros cuenta de ello, ameís á vuestros hijos tanto como los debierais amar, ni seáis en cambio tan amadas de ellos como convendría y fuera razon. Quisisteis por inmortificacion compartir con otra mujer los cuidados de la maternidad, y los hijos á su vez, por instinto é inconscientemente, dividirán su amor filial para corresponder á la solicitud de la mujer extraña que los crió. ¡Qué bien harían las madres, ya que tan celosas se muestran del amor de sus hijos, ya que en este punto tan inexorables y exclusivas son con tener presente el ejemplo del célebre Graco, para no imitar sin motivo á la

madre de tan ilustre romano, si no quieren que sus hijos imiten tambien el desvío con que este gran patricio respondió á las reconvenciones de su madre en esta materia! (1)

(Se continuará)

(De el Mensajero del Coraçon de Jesus.)

EL DOCTOR PAQUILLO

Quien se hubiese atrevido á llamar así al eminente Doctor D. Francisco de Paula Campanellas, caballero de la legion de honor, miembro de todas las sociedades científicas de las cinco partes del mundo y autor de veintisiete memorias destinadas á arrojar luz sobre el alienismo sintomático de las grandes conmociones psíquicas, hubiese llevado un sofocón de padre y muy señor mío.

Yo, sin embargo, le llamaba no sólo Paquillo, sino hasta Facorrillo, y Facorrete, y Quico, y Quiquete, y Curro, y Facó, últimos extremos á que puede llevarse el hermoso nombre de un Santo que está en los cielos.

Todo era efecto, (por supuesto), de nuestra grandísima amistad.

Yo queria mucho al Doctor.

Tanto le queria que algunas veces solia decirle, echándole el brazo por el cuello:

— ¡Lástima, Currillo de mi alma, que

(1) El hecho á que en el texto se hace alusion, es el siguiente: Cuando el Senado y el pueblo Romano recibian á Graco en triunfo á su vuelta de Asia, la madre y la nodriza le salieron al encuentro. Él vuelto á su nodriza, le regaló un hermoso collar de oro y á su madre, en cambio, sólo le dió un pequeño anillo. Avergonzada la madre con aquella preferencia que envolvia para ella una grande humillacion, Graco le dijo: «No es ofendais, señora, de lo que me veis hacer. Es mucho lo que á esa mujer debo. Sin que ella fuese mi madre, cuando vos me apartasteis de vuestro pecho, me acogió benigna, me crió solícita, y paciente y cariñosa acalló mi llanto. Justo es que me muestre reconocido.»

despues de pasar tu vida estudiando la locura agena, acabes por dar con la tuya en tus propias jaulas.

Y le decia esto porque mi pobre amigo, que á la sazón dirigia un gran establecimiento de enagenados, tenia dentro de su cabeza, al par que luces suficientes para devolver la razon á muchos locos, sombras bastantes para hacer perder la chaveta á muchos cuerdos.

Efectivamente; el Doctor era buen médico, pero racionalista, naturalista, materialista y evolucionista; es decir, que todas las cosas las tenia *listas* menos el seso, que por falta de fe, se le habia puesto tan pesado que daba lástima.

Al mismo tiempo, el pobrecillo era muy desdichado: sus asuntos estaban tan oscuros como sus pensamientos.

Y es que, (yo no sé lo que pasa), pero lo cierto es que son raros los hombres que pensando mal logran vivir bien.

El Doctor era casado en segundas nupcias y tenia hijos, (muy mal educados por cierto), de los dos matrimonios. Su segunda esposa era una mujer, que algo entregada al mundo, sin ser mundana, gastaba en peregriles lo que debia gastar en patatas, y empleaba en visitas y devaneos el tiempo que necesitaba para remendar las camisas de sus cuatro hijos y los calzoncillos de sus tres hijastros.

No hay que hablar de la armonía de éstos, porque era la misma que existe en un circo de gallos ingleses, durante las horas de funcion, y hay que advertir que en el circo del Doctor la funcion siempre estaba armada.

Si á esto se añaden ciertas debilidades y flaquezas de mi pobre amigo, que le hacian bastante indolente, ciertas condiciones físicas que le tenian algo enfer-

mizo y sus torcidas ideas que le sumian en un desgarrador escepticismo, se podrá calcular lo que por dentro era el Doctor Campanellas, el afamado alienista director del gran manicomio modelo, establecido en la ciudad de X.

No parecía sino que el establecimiento se habia hecho para él, de tal manera la falta de fe y sobra de desdichas iban aumentando su melancolía y su desesperación.

Un día cogidos del brazo, comenzamos á recorrer el edificio: era la hora de visita y quise acompañarle.

Nuestra conversacion era animada, pero en las palabras del Doctor se reflejaba siempre el estado abatidísimo de su espíritu ávido de verdad y de paz, y víctima de innumerables miserias.

—Lo que es el hombre, me decia con tristeza. Hay misterios en el cerebro enfermo capaces de enloquecer al cerebro sano que quiere estudiarlos. Cuanto más me fijo, ménos comprendo la razon patológica de ciertas perturbaciones. (Habla de medicina.)—Mira á aquel infeliz, me dijo.

Y deteniéndose me señaló á un hombre alto, bien parecido, con unos ojos hermosos pero que constantemente apretaba, mientras á gritos pedia luz.

De tanto apretar los ojos durante tanto tiempo habian comenzado á hincharse y es seguro que á seguir así, aquel hombre á quien bastaba abrirlos para ver, llegaria dia que aún abriéndolos no veria.

Yo le contemplé un rato, y despues, elevando un poco el labio inferior, me encogí de hombros.

—Manía rara es, dije, pero no me extraña.

El Doctor me mostró en seguida otro loco. Era un hombre flaco, muy flaco, rodeado por todas partes de barreños y cacharros llenos de agua cristalina, entre los que andaba constantemente oliendo y buscando con avidez.

—¿Qué busca ese desdichado? pregunté.

—Agua.

—¿Pues no la tiene al lado?

—Sí, pero no quiere beberla.

—Entonces ¿porqué la busca?

—Porque tiene sed.

—Y porqué no bebe.

—Porque está loco.

—Rara locura es, dije, pero no me extraña, y seguí adelante á ver otro enagnado.

Este era un hombre robusto que se hallaba tendido boca arriba y con todos los muebles de la habitacion colocados encima.

—¿Qué hace ese hombre?

—¿No lo oyes? Quejarse á grito herido.

—Pero ¿de qué se queja?

—De que no puede moverse.

—¡Pobrecillo! tiene razon; si está cargado de peso y en una posicion violenta. Verás que pronto sale del apuro, dije tratando de dirijirme á él.

—No lo toques.

—¿Por qué?

—Porque se enfurece. He ordenado que le dejen así porque se exalta como un energúmeno en cuanto le quitan los trastos de encima.

—¡Recanastos! dije, manía escéntrica es la de este desdichado, pero... no me extraña.

Al oir por tercera vez el Doctor mi *no me extraña*, empezó á mirarme de reojo como diciendo: ¿si tendremos que pre-

parar una jaula más? Pero no me dijo nada y seguimos adelante aproximándonos á la cuarta celda.

Allí habia otro loco tan rematado como los anteriores.

Era un hombre viejo, de larga barba y aspecto venerable, que con gran atencion y cuidado se ocupaba en colocar, unos sobre otros, muchos pedacitos de madera, hasta formar una torre y luego cuando estaba formada, conteniendo la respiracion y con gran cuidado, empezaba á sacar poco á poco los que servian de base, sin duda con la peregrina idea de que la torre se quedase en el aire. Como es natural, esto no sucedia nunca porque cuando llegaba á faltar el tercer pié al edificio, éste se venia abajo con gran disgusto del viejo loco que lloraba amargamente, y volvía á empezar la operacion.

Aquella locura era verdaderamente ya muy rara, pero me fijé en ella, reflexioné un poco y exclamé por cuarta vez:

—Locura es, pero no me extraña.

Al oír mi cuarta exclamacion el Doctor, no pudo más y me lanzó una intencionada sátira.

—¿En qué manicomio has *practicado* querido mio, que tanto entiendes de locuras?

—En el del mundo, exclamé.

—Salidas tuyas, contestó enfadado; ¿querrás comparar las debilidades ó errores de los hombres, con sus locuras ó sus demencias?

—Es que hay errores que son más que locuras, y debilidades que son más que demencias.

Y al oír esto me miró el Doctor.

Yo le miré tambien, y continué:

—Tus locos, querido mio, son locos

de menor cuantía, comparados con otros que yo conozco. Conozco hombres sanos, que como tu loco número uno, aprietan los ojos para no ver y se quejan de ceguera. Conozco hombres sabios, que como tu loco número dos, padecen una sed abrasadora junto á una fuente de agua viva y ni siquiera la gustan. Conozco hombres prácticos y sensatos, que como tu loco número tres, se hallan abrumados de inmenso peso, quejándose amargamente y sin consentir les alivie de él quien únicamente podia aliviarles. En fin, dije, conozco desdichados que han pasado y pasan la vida luchando, estudiando, trabajando y sufriendo para levantar un edificio que llaman de su felicidad, y que como tu loco número cuatro, por una parte se empeñan en levantarlo, mientras por otra le privan de los cimientos. ¿Quieres mayor locura?

Mi amigo bajó la cabeza.

—Francisco, dije aludiéndole más claramente, las locuras del cuerpo se explican, pues al fin son trastornos de la materia; pero los excepticismos, verdaderas locuras del alma, ¿cómo pueden explicarse?

—¿Dónde están esas locuras?

—En tu cabeza, en tu cerebro, en tu alma, en tu corazon.

—Yo no estoy loco.

—Eso dicen tambien los que tienes tú encerrados.

—Pero señor, ¿cuándo el sufrir fué locura?

—Cuando pudo remediarse el sufrimiento.

—¡Ah!... y donde está el alivio de las penas humanas.

—En la fe de Cristo.

—Ilusion.

—Esto dice tu ciego que pide luz.

—Mentira.

—Esto dice tu sediento que busca agua.

—Pero ellos son locos porque tienen al lado lo que buscan y no lo ven.

—Y tú lo eres más porque lo tienes en la mano y ni siquiera lo miras.

—No te canses, Currillo, dije sonriéndome é improvisándole una especie de romance que se me ocurrió en aquel momento:

Si de ilustrado te precias
 Y de sabio listo y cuerdo
 Y con saber tanto y tanto
 Siempre vas de Cristo huyendo
 Mientras ansioso padeces
 De esta vida los tormentos
 Y ardiente sed te devora
 Y te falta luz del cielo
 Y te abruma los pesares
 Y te agobia el sufrimiento,
 Eres loco de remate
 Si ofreciéndote un remedio
 Tan sólo por no probarlo
 Continúas padeciendo.
 La fe remedia los males
 Sólo en ella está el consuelo.
 ¿No lo crees? Ensáyalo
 ¿No ensayas? Eres un nécio
 Mejor dicho; estás *chiflado*
 Estás loco, no estás cuerdo.

Cuando el doctor oyó aquella espantosa andanada, dió un respingo y echó á correr sin despedirse.

—Se ha incomodado Paquillo, dije riéndome, lo hemos perdido todo.

Mas, cuál no sería mi sorpresa cuando á los pocos dias recibo desde Cádiz, á donde mi amigo se habia trasladado, la siguiente carta, tambien en verso:

Cádiz veintiseis de Abril,
 Del año que está corriendo.
 Mi queridísimo amigo:
 Si sabes de algun camello
 Que por esa en que te hallas
 Tenga tan perdido el seso
 Que pase triste la vida
 Cuál la pasó mucho tiempo
 Este amigo que se abraza
 Lleno de agradecimiento;
 Remítemelo en seguida
 Facturado en el correo,
 Porque acabo de montar
 Un manicomio modelo,
 Para curar á los locos
 Que por no mirar al cielo
 Pasan, sin fe, aquí en la tierra
 Anticipado el infierno.

Escuso ya, pues, decirte
 Que aquel amigo sin sesos
 Que conocistes un dia,
 No es el mismo; es otro nuevo.
 Quiso luz y tiene luz
 Agua pidió y se la dieron.
 ¡Ay!., ¡Es verdad!.. En el mundo
 No hay más locos que los cuerdos
 Que con toda su cordura
 Van siempre de Cristo huyendo,
 Mientras ansiosos padecen
 De esta vida los tormentos,
 Y ardiente sed les devora
 Y les falta luz del cielo.
 Quiera Dios que como yó
 Adviertan otros el yerro
 Y salgan del manicomio
 De sus libres pensamientos.
 A Dios: Te abraza y te quiere
 Tu inolvidable,—Frascuero.

—¡Recanastos! dije tirando la carta lleno de gozo.—Gracias á Dios que he encontrado un sabio que ha sabido apear-

se del asno de su sabiduría, para subir al monte de su felicidad.

A. C. y G.

(De *La Lectura Popular*.)

Sección Local y de Noticias

De «**El Vigía Católico**» de Ciudadela copiamos lo siguiente:

«Con fecha de 14 del corriente mes el M. Ilre. Sr. Dean de esta Santa Iglesia Catedral de Ciudadela de Menorca dirigió al Ilmo. señor Dean y Cabildo de Madrid la siguiente carta protesta.

«Ilmo. Señor: Profundamente conmovida esta Corporación Capitular á la primera noticia que tuvo del atentado cometido en la respetabilísima y sagrada persona del sabio y virtuoso Obispo de esa Diócesis de Madrid-Alcalá, y honrada posteriormente con la esquila mortuoria por la que V. S. I. y parientes del Excmo. finado suplican sea encomendada su alma á Dios, se cree en el deber de protestar con toda energía contra ese nefando y execrable crimen perpetrado por un presbítero desgraciado, no menos que contra los móviles y sugestiones que hayan podido contribuir á su inícuá perpetración. Al expresar á V. S. I. el sentimiento y profundo dolor que tan horrible delito causara á este Cabildo, todos sus individuos dan á V. S. I. la seguridad de que no se olvidan de rogar al Señor por el eterno descanso del insigne Prelado que, después de haber tenido con su sangre las losas de esa Santa Iglesia Catedral de San Isidro, es de creer recibiera ya la corona de mártir en el celestial paraíso.

—Aprovechando esta oportunidad de comunicar á V. S. I. los sentimientos

del más vivo dolor que embarga el ánimo de todos estos Capitulares, con la más distinguida consideración tiene la honra de ofrecerse á las órdenes de V. S. I. este su atento y afmo. S. S.

Q. S. M. B.

José Marques Dean.

Las Cuarenta horas que el domingo último empezaron en el Santuario del Monte Toro, continúan celebrándose con la acostumbrada solemnidad y gran concurso de fieles, que de todos los puntos de la Isla, y muy particularmente de Mahon, acuden al célebre Santuario á implorar de Dios sus divinas misericordias, por intercesion de su venerada benditísima Madre.

Tan devota solemnidad tendrá fin el próximo domingo en que se cantará Misa mayor, habrá sermon, y se dará, después de la Procesion de rúbrica, la bendicion con el Santísimo.

Dice «El Diario de Sevilla»:

La prensa madrileña se ocupa en dar cuenta de las ruinas y víctimas de que ha sembrado á la Côte el ciclón del miércoles.

Mucho lujo de pormenores, aspavientos y cálculos, hé aqui lo que se vé en todos los diarios.

Ni una sola reflexion que nos levante de la materialidad del fenómeno, ¡ah! si, un diario al tratar de él, blasfema á su placer, y habla de la naturaleza *autora única* de los referidos fenómenos, la llama: eterna, *ignorante y gran inocente*, y termina haciendo unos cuantos párrafos, acerca de *los inquisidores de un Dios de odio*, que preludiaban con XX siglos de anticipacion, *los no ménos feroces in-*

quisidores del Dios del Amor.

Y concluido este *sabio* trabajo, el referido periódico hace un llamamiento á la caridad del pueblo de Madrid.

¡Mamarracho! ¿qué entenderá por caridad el que blasfema del Dios que la implantó en el mundo, con su palabra y su ejemplo?

¿Qué sabrán de caridad, los lectores de papel semejante?

¡Medradas estaban las víctimas! si no esperasen otro socorro, que el que les proporcionase la prensa masónica.

Bien pudo decir el mencionado papel á las clases que lo leen, lo siguiente:

Que las grandes catástrofes y ruinas ocasionadas por fenómeno natural ha dado siempre la *casualidad*, de caerse en épocas en que los pueblos han tenido el corazon corrompido y extraviada la mente.

Que la corrompida y degradada nacion española desde que abandonó las sendas del bien, volviendo la espalda á su Dios y siguiendo el camino que le trazó la masonería y el liberalismo, tambien *casualmente* la pobre no levanta cabeza, y los agentes naturales, el aire, el agua y el fuego, no han cesado de maltratarla.

Nubes de langostas que devoran las cosechas; sequías pertinaces que agostan los campos, seguidas de lluvias torrenciales que hacen desbordar los rios y caer sobre comarcas fertilísimas arruinando y matando á los habitantes de ellas; el cólera morbo que se extendió por toda la nacion y causó millares de víctimas, enfermedades desconocidas que aniquilan los terrenos, plantas y matan los ganados; pueblos enteros, y ahora un ciclón que azota á la Côte de un modo nunca visto, esto es lo que *casualmente* ha caido sobre España, desde que España olvidó sus deberes.

Cuéntenle esto al pueblo, y háblenle luego cuanto quieran de fuerzas de la naturaleza, y de los fenómenos naturales; que nosotros tenemos la seguridad

que el pueblo español, con el buen sentido de que siempre ha estado dotado, sabrá responder á los agentes de las sectas, lo que se merecen.

El año pasado por *casualidad*, quedaron libres del cólera entre las capitales de provincia Sevilla y Santiago. La primera, ciudad que admiró y edificó á todos con sus rogativas para aplacar la Divina Justicia; y la segunda depositaria de los restos santos del apóstol Santiago que descubiertos despues de siglos, por primera vez se pusieron el año pasado á la veneracion de los fieles.

Este año por *casualidad* tambien por *caprichos de la naturaleza* que obra á ciegas, cae una avalancha nunca vista sobre Madrid, ciudad donde acaban de realizarse dos grandes crímenes: el asesinato de su Obispo y el atentado sacrilego de colocar petardos en el mismo altar donde estaba depositado el Santísimo Sacramento.

Los agentes naturales obrarán libremente sin que haya quien los rija y gobierne; pero es mucha *casualidad* la de que siempre que descargan algun golpe, lo hagan sobre los pueblos que se lo han merecido.

Sigan enhorabuena gritando las sectas desde las columnas de sus órganos. ¡Los fenómenos naturales!... la casualidad, es la autora de todos;... que nosotros mientras gritaremos tambien al pueblo desde nuestros periódicos: La Providencia... la Divina Justicia... el azote de Dios está sobre las naciones que le niegan y se apartan de sus leyes.

Suscripcion para costear
las obras del nuevo Camarin de Nuestra Señora del Monte-Toro.

	Ptas. Cents.
Suma anterior	1662'66
Sra. D. ^a D. G. A.	2'50
Sra. D. ^a M. G. A.	2'50
	1667'66

(Continúa abierta la suscripcion.)

Fabregues y Orfila, impresores. -- Angel, 10 Mahon.